
Japón: modelo para desarmar

*Fernando Barbosa**

As the seasons change, so do the winds which blow on
Japanese studies.**

Yoshio Sugimoto and Ross Mouer (1989, 1)

Resumen

Las relaciones internacionales presuponen un diálogo permanente y constructivo entre partes que se diferencian unas de otras. En esta perspectiva, la cultura –tanto la tradicional como la popular–, la historia, la literatura, la música y otras manifestaciones, cobran gran importancia para construir el entendimiento entre los pueblos. El artículo llama la atención sobre algunos de estos aspectos en el caso de Japón.

Palabras clave: relaciones internacionales, cultura, Japón.

Abstract

International relations presuppose a permanent and constructive dialogue among parties that differ one from the other. In this perspective, culture –both traditional and popular–, history, literature, music, and others, gain great importance to build understanding among peoples. This article explores some of these concerns in relation to Japan.

Keywords: International Relations, Culture, Japan.

Camino / Expedición

El primer relato que aparece en el libro *101 Zen Stories* (101 historias Zen) publicado en 1939 en Londres, describe la visita que le hace un profesor universitario a un maestro

* Bogotá, 1948. Politólogo de la Universidad de los Andes. Director de la oficina para el Asia de Proexpo, Consejero Comercial de la Embajada de Colombia en Tokio, columnista de *El Espectador*, Subdirector de Relaciones Bilaterales del Ministerio de Comercio Exterior, Director del Centro de Estudios Asia-Pacífico de la Universidad * Externado, Consultor del BID para Asia. En la actualidad es profesor de la Universidad de los Andes y consultor independiente. Algunas de las últimas publicaciones: *Colombia y Corea: un camino sin recorrer* (Hanseo University / Korea Foundation, Seúl, 2004), "Japón: mi aventura vital" (en el libro *Colombia*. Ministerio de Relaciones Exteriores. 2009), *Encuentros entre Colombia y Japón: un homenaje a cien años de amistad* (Bogotá, 49-82). Ko, Chang Soo. *El sonido del silencio*. Solar, México, 2009. Correo electrónico: fernandobarbo@gmail.com

** "Así como cambian las estaciones, así cambian los vientos que impulsan los estudios japoneses".

para inquirir por el Zen. El maestro le ofrece té y empieza a verterlo en una taza. Cuando esta se llena, el maestro no se detiene y el té empieza a derramarse. El profesor, sorprendido, le llama la atención al maestro, quien le responde: “Al igual que esta taza estás lleno con tus propias opiniones y especulaciones. A menos que vacíes la taza, ¿cómo podría hablarte de Zen?” (Reps, 1987).

El imaginario

Los elementos que probablemente hayan alimentado nuestro conocimiento sobre Japón son dos: la curiosidad y el interés. Con la una y el otro hemos construido nuestro imaginario y lo que pudiéramos llamar la realidad. Lo importante es que no hemos separado lo uno de lo otro y seguimos entre la opinión de los observadores y la ficción, por un lado, y por el otro entre la producción de los académicos y el acervo documental hoy potenciado por las nuevas tecnologías de la comunicación. Ello no significa el sacrificio de ninguno: ambos, curiosidad e interés, comparten los cimientos de nuestro entender.

En 1933, el médico y cantante mexicano Alfonso Ortiz Tirado grabó una canción con letra de José Díaz Bolio y música de Emilio de Nicolás. La canción titulada “Musmé” decía: “Como un loto desmayado/ era pálida Musmé;/ era su semblante pálido/ como un lirio reflejado/ en una taza de té./ En el triste Yoshiwara/ se escuchaba su canción:/ y como una porcelana/ se me rompe el corazón”. Nuestros abuelos y padres que la cantaron y con seguridad no supieron que Musmé (*musume*, hija en japonés) era el eufemismo para llamar a la aprendiz de una casa de geishas; ni que su palidez correspondía al maquillaje blanco tradicional de estas mujeres; menos aún que el lugar donde quedaba el establecimiento era Yoshiwara, es decir, el más famoso de los centros oficialmente permitidos para la prostitución en Tokio, que funcionó desde su creación en 1617 hasta su prohibición en 1957. Era usual que en reuniones familiares y sociales en Bogotá –y seguramente en otras ciudades y países latinoamericanos– hombres y mujeres interpretaran la pieza sin ninguna prevención. Resultaba más a la mano la imaginación romántica que los hacía estremecer, que el cotejo con la realidad monda y lironda.

Fue atinada la siguiente observación de Pierre Loti (1998) al relatarnos su viaje a Japón en 1885, la cual, si se tiene presente la gran influencia francesa en la divulgación del *japonisme* por el mundo en aquellos tiempos, bien podría haber sido la inspiradora de los versos de aquella canción:

Tiene verdaderamente un aspecto honesto familiar este establecimiento, propiedad de un viejo señor nipón, que tiene su *señora*, de cierta edad, y tres amables *musmés*, sus hijas. Pero no hay que dejarse engañar; aquí, como en todas partes, las personas están, como las cosas, a la venta. Precisamente esta casa es una especialidad para ciertas citas clandestinas: cuando un joven gomoso se enamora perdidamente de una *geisha* (una de esas músicas y bailarinas educadas en el Conservatorio que, por refinamiento del oficio, no suelen entregarse), el joven se dirige a la respetable señora de esta casa, que, al principio, se hace la ronquera y la escrupulosa, y que, por

último, consiente en ir a ablandar a la linda bailarina y la decide a que se vaya a cenar a su casa, con el mayor misterio, en uno de estos gabinetes particulares, del tamaño de la palma de la mano, que tiene reservados para estos casos delicados [...] (1998, 173-174).

La observación y la ficción

La curiosidad nos ha permitido encontrar noticias en donde las había y en donde escaseaban. Desde hace cientos de años, quienes han estado o pasado por Japón, nos advierten y nos guían. Quizás el primer relato que tuvo occidente fue el de Marco Polo en su *II Milione*, como se conoce el manuscrito de sus *Viajes* (1996):

Cipango [...] es una isla muy grande; sus habitantes tienen piel blanca, son bien parecidos y de costumbres civilizadas; rinden culto a los ídolos; son libres e independientes de toda dominación extranjera y están gobernados por sus propios reyes; poseen oro en enorme abundancia y las minas donde lo encuentran no se agotan jamás; pero su rey no permite exportar el oro fuera del país y por ello son muy pocos los mercaderes que acuden a esta isla.

Y más adelante, con su característica manera de escribir, cuando describe el culto a aquellos ídolos, nos asombra:

Las ceremonias que los nativos practican ante las imágenes de estos ídolos son tan perversas y diabólicas que sería abominable relatárolas en este libro. No lo hago porque su sola mención repugna a los sentimientos de hombres bien nacidos. Debéis saber, sin embargo, y no puedo menos de decíroslo, que cuando los idólatras que habitan este país toman prisionero a algún enemigo que no posee los medios para pagar su rescate, invitan a todos sus familiares y amigos, con gran algazara. Matan entonces, en presencia de todos los convidados, al cautivo y luego lo cocinan y se regalan con su carne en gran convite. Y afirman que la carne humana sobrepasa a todos los manjares del mundo por su gusto exquisito (1996, 166 y 170).

Muchos años después, en pleno siglo *xvi*, otro visitante más reposado, el jesuita Valignano, llamó la atención sobre las dificultades para entender una cultura con características muy propias, distinta de otras mejor conocidas:

[...] las cualidades, costumbres y modos de proceder de los japoneses son del todo tan contrarios y [sic] incógnitos a los de India y de Europa, que esa poca comunicación que se puede tener no sé cuándo podrá ser provechosa, porque lo que pasa en Japón, a mi juicio, no se puede bien entender si no es por los que por vista y experiencia lo saben, y parece que no se puede dar a entender ni por los que saben mucho de Japón, cuanto menos por cartas; y, sin duda, muchas cosas se pueden escribir y hacen en Japón que, por mucho que se declaren, serán muy mal concebidas y recibidas en Europa, las cuales en Japón son muy convenientes ni se pueden dejar de hacer (Valignano, 1954, 135).

Quedaría coja esta mención si no se anotara que el visitador Valignano, quien estuvo en tres oportunidades en Japón, fue un entusiasta promotor de la imprenta para uso tanto de los extranjeros como de los japoneses. Alentó las traducciones al japonés de las fábulas de Esopo, de *Guía de pecadores* de Fray Luis de Granada, de la *Imitación de Cristo* atribuida a Kempis y de una gramática latina, entre otros textos. Y por el otro lado puso a disposición de los europeos una versión abreviada del *Heike Monogatari* –escrito en el siglo XIII y considerado como una de las grandes obras de la literatura nipónica– y del *Taiheiki* del siglo XIV (Cooper, 1994). La importancia de estas traducciones quizás pueda valorarse más si se anota que en el caso del *Heike* sólo vino a publicarse en español en el año 2009.

A principios del siglo XVII, Japón resuelve cerrar sus puertos y expulsar a todos los extranjeros que permanecían allí, con algunas y precisas excepciones. A partir de 1839, cuando se instaura la política de aislamiento conocida como Sakoku, solamente se permite la entrada a los holandeses dentro de los límites de una isla artificial: la isla de Dejima, construida en la bahía de Nagasaki.

Seguramente la expulsión de los europeos de Japón dejó en el aire, o perdidos en alguna parte, los aportes escritos por los misioneros de esa época. De aquellos que se han rescatado quiero detenerme en la *Historia de João Rodrigues* (Tçuzzu) –españolizado como Juan Rodríguez Tsuzu– quien vivió 35 años en Japón entre 1577 y 1612. De esta *Historia*, J.L. Álvarez-Taladriz extrajo lo relacionado con la ceremonia del té, por demás interesante, pues nos da cuenta de ella en el momento en que se fijaron sus cánones (Rodríguez Tsuzu, 1954). En efecto, Rodrigues fue contemporáneo del magnífico Sen no Rikyu, el gran maestro de maestros, quien fijó las reglas de este arte, todavía vigentes. La enorme importancia de los apuntes de Rodrigues puede entenderse mejor si se considera que la transmisión de las artes entre los japoneses se hace de maestro a discípulo por imitación. De tal manera, los textos son prácticamente inexistentes o se limitan a simples apuntes. Por lo tanto, leer el *Arte del Cha* en esta perspectiva resulta ser una experiencia exultante.

Japón y los japoneses, con su encierro, desaparecen del mapa universal hasta cuando en 1853 se hace de nuevo visible a todo el mundo tras abrirse bajo la presión de los Estados Unidos. Regresan entonces los viajeros que consignan sus experiencias en los diarios que escriben y publican, tales como los de Tanco Armero (1887), Loti, Kipling (1888) o Michaux (1886) en épocas más cercanas.

Tanco Armero, que es el primer colombiano en viajar a Japón, nos deja con buen detalle sus percepciones de este pueblo.

La historia de Japón nos presenta un fenómeno muy singular: por una parte vemos que este pueblo carece de instrucción, de verdaderas dotes intelectuales; y al mismo tiempo se observa que está animado del deseo de conocer todo lo de sus vecinos, y que se ha organizado en todos los ramos de una manera tal, que ha logrado alcanzar una posición importante y un estado social relativamente adelantado (Tanco, 1887, 84-85).

En páginas posteriores, con evidente displicencia, nos habla de ese Japón que intenta modernizarse y que trata de asimilar del exterior todo lo que pueda:

No hay que formarse ilusiones: no se debe juzgar por exterioridades y falsos oropeles. Para asimilarse una civilización no basta la intención, no es suficiente calcar instituciones ni imitar costumbre; es preciso identidad de condiciones sociológicas, homogeneidad de ciertos elementos que no concurren en la nación japonesa. Puede muy bien un joven de Tokio o Yokohama vestirse a la *europaea*; jamás sabrá llevar nuestro traje, siempre estará charro, parecerá disfrazado. Del mismo modo, un pueblo antiguo, vetusto, gastado, no puede engalanarse con las ideas modernas, joyas preciosas de las naciones jóvenes, y verdadera savia de la vida social. Este extraño amalgama, esta mezcla de heterogéneos elementos hace resaltar más la fealdad de lo existente, dando por resultado un injerto raro, una caricatura de lo que se ha querido imitar (Tanco, 1887, 125).

No se detiene el autor en meras lucubraciones. También nos describe lo cotidiano como lo hace en la siguiente descripción y juicio de los baños que todavía sobreviven en la vida japonesa de hoy, convertidos en los *sentô* (baños públicos) y los *onsen* (baños de aguas termales):

[...] un día que andaba vagando por las calles de Tokio, de repente me llamó la atención una casa de dos grandes faroles en la puerta, un hermoso pórtico y dos entradas a los lados. La algaraza que se oía, el ruido del agua que se notaba, todo eso me hizo detener, y asomándome por una de las puertas, vine a caer en cuenta que me hallaba en un establecimiento de baños.

[...] La gran piscina que se ve al entrar no tiene nada de particular [...] Lo que realmente sorprende tanto como desagrada, es ver bañándose a viejos y jóvenes, hombres y mujeres, niños y niñas, todos juntos, sin vestido alguno, así como sin malos pensamientos. En el centro está el gran pozo donde se agrupan todos, unos a otros se echan agua y juegan como chiquillos, formando una algaraza espantosa. Como el salón está casi oscuro, la tenue luz que penetra al través de la atmósfera de vapor sobre tanto Apolo de Belvedere y las desnudas bañistas o bañadoras, le dan a este espectáculo el aspecto de una escena infernal. Nada más feo, ni más repugnante, ni más contrario a la decencia y al pudor.

[...] En todas las ciudades del Japón hay estos baños, y en los pueblos donde no hay establecimientos toman sus abluciones al aire libre, en un barril lleno de agua que les sirve de tina. En los caminos se ve con frecuencia la gente desnuda, o con el traje de nuestros primeros padres, expuesta a la intemperie aguardando su turno para meterse en el barril (Tanco, 1887, 163-165).

Seguramente hoy no nos escandalizamos como Tanco, y menos cuando estamos habituados al tema a través de los Animé, aunque sin duda algunos no dejarán de sorprenderse. Por supuesto, si bien el escrito estaba matizado por el juicio de la moral victoriana de finales del siglo XIX, la descripción no provenía de la imaginación del autor ni correspondía a una exageración de su pluma.

En otro pasaje, Tanco nos pone sobre aviso en relación con el carácter de los nativos:

El japonés es por naturaleza perezoso e indolente; esto se observa al momento y lo indica su modo de ser y costumbres. A la inversa del chino, es gastador, y con tal de ganar para la subsistencia está contento y satisfecho. Escéptico por naturaleza, es hipócrita y falso, siempre está con la sonrisa en los labios aun cuando esté enojado, y si llega a enfurecer asesina a cualquiera al son de una estrepitosa carcajada. Bajo la capa de la suavidad y dulzura encubre un mal fondo, y como el indio, es astuto, malicioso y vengativo. Así vésele con frecuencia acariciar para mejor asestar sus golpes, y aprovecha la oportunidad para ejercer sus venganzas (Tanco, 1887, 174 y 175).

Hay un mal sabor en el escrito de Tanco muy seguramente afectado por las tribulaciones que debió padecer a raíz de lo que se conoce como el *María Rúzu gô Jiken (El incidente del María Luz)* (Kodansha, 1993). Este era un barco de bandera peruana que transportaba *coolies* chinos (cuasi esclavos). Al fondear en Yokohama el 9 de julio de 1872, dos *coolies* saltaron al agua y se refugiaron en un barco británico alegando malos tratos. El fallo del tribunal japonés a donde llegó el asunto condenó al capitán del María Luz por maltrato y se convirtió en un problema internacional que involucró a los Gobiernos de Japón, Inglaterra, Estados Unidos, Perú y, finalmente, Rusia que oficiaría como árbitro y confirmó la sentencia japonesa. El episodio es tenido como un embrión de la defensa internacional de los Derechos Humanos (Kodansha, 1993, 923). Pues bien, y aquí podríamos encontrar la explicación a los comentarios de Tanco, él era el empresario que contrataba esta mano de obra para llevarla de China a Cuba y a Perú (Rodríguez Plata, 1977).

Otro viajero de grandes quilates fue Rudyard Kipling. Recordemos ahora las impresiones del viaje que hizo a ese país entre abril y mayo de 1889. Relata el autor que estando en Osaka, el guía los condujo a una exposición de “industrialidades” en la que les

[...] mostró la gloria del país en forma de sacacorchos, cacharros de hojalata, batidoras de huevos, cucharones, sedas, botones y todos los cachivaches que pueden meterse en un anuncio y venderse por cuatro perras. Los japoneses, por desgracia, hacen todas esas cosas por sí mismos, y están orgullosos de ellas. No tienen nada que aprender de occidente en lo que se refiere al acabado, y saben, por intuición, cómo ensamblar y presentar las mercancías con buen gusto (Kipling, 1988, 51-52).

Y más adelante, cuando relata la visita a una fábrica de *Cloisonné*, afirma:

[El dueño] nos guió a través de un jardín; a sus ojos no era nada, pero nos detuvimos a admirarlo largo rato. Linternas de piedra, verdes de musgo, asomaban entre una abundancia de bambúes de aire artificial donde cigüeñas de bronce fingían comer. Un pino enano, con el follaje recortado en placas en forma de plato, extendía los brazos por encima de un estanque de cuento de hadas donde las carpas gordas y perezosas buscaban y mordisqueaban su comida en el fondo, y un par de colimbos orejudos graznaban contra nosotros, protegidos por el surtidor. Tan perfecto era el

silencio en aquel sitio que podíamos oír las flores de cerezo cuando caían al agua y los roces de los peces contra las piedras.

[...] Media docena de peldaños nos llevaron, por el camino de piedras y musgo, hasta una casa donde toda la fábrica estaba trabajando. Una habitación contenía los polvos de esmalte, pulcramente dispuestos en jarras de limpieza escrupulosa, unos cuantos recipientes de cobre sin adornos preparados para que se trabajase en ellos, un pájaro invisible que silbaba y gorjeaba en su jaula, y una caja de mariposas de alegres colores que servían de referencia cuando se necesitaban modelos. En la habitación siguiente estaban sentados los operarios: tres hombres, cinco mujeres y dos niños, todos ellos tan silenciosos como si durmieran (Kipling, 1988, 76).

La minuciosa descripción nos deja la sensación de que Japón estaba no sólo preparado sino adelantado en los métodos que estarían de moda un siglo después bajo la etiqueta del control de calidad.

Ya entrado el siglo xx, otro viajero, esta vez el periodista guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (s.f.) nos ofrece otra mirada captada en su paso por aquellas tierras en 1905. Se sorprende con la capacidad de este pueblo para actuar y no quedarse en la simple teoría, para copiar pero no de una manera ruda sino agregando mejoras y adaptaciones:

En todo lo que es estudio científico, los japoneses ocupan hoy en el mundo el primer puesto. Lo que Europa imagina o sueña, ellos lo realizan. Con un atrevimiento admirable aplican métodos más modernos, y si la vieja y tímida ciencia occidental se tomase el trabajo de contemplar lo que de sus descubrimientos hace este pueblo joven, se encontraría muchas veces perplejo como el filósofo del *Disciple*. Hay, en efecto, sistemas que en Alemania, en Francia, en Inglaterra, no pasan del laboratorio o del gabinete de estudio. Los japoneses se apoderan de ellos y los llevan a la escuela, es decir, a la mesa del pueblo. Lo que de tal osadía ha de resultar no se verá sino dentro de algún tiempo; pero desde luego se ve que no hay en Tokio un solo catedrático que no esté contento de lo que todos juntos hacen (Gómez s.f., 209).

Una observación adicional desde otro ángulo, desde otra sensibilidad, nos la provee un belga, Henri Michaux, quien estuvo en Japón en 1931:

El traje de un pueblo es más revelador que su poesía, que puede venir de otro lado y engañar a todos, como la de Japón.

El traje es una concepción de sí que se lleva en sí.

¿Quién soñaría en llevar algo que le es contrario y que lo contradice constantemente?

Cuando un pueblo se viste, a veces se equivoca en lo que conviene, pero raras veces y por poco tiempo. Ni el color de la piel ni la forma del cuerpo dictan el traje, sino el alma y los conceptos generales.

Es difícil vestir a la japonesa, pero nada la obliga a apretarse, como lo hace, los senos que tiene hermosos y bien formados, y a llevar un almohadón en la espalda. Nada sino el amor a la disciplina. El traje japonés es en extremo decorativo, pero estético (Michaux, 1986, 189).

Se trata, pues, del contraste con lo propio que permite, en este caso, la vindicación de lo extranjero cuando se cede al embrujo del encuentro.

Finalmente, para cerrar este tema, las anotaciones de un colombiano que pasó por Japón en agosto de 1970:

En materia de costumbres, una experiencia divertida fue la cena japonesa en un restaurante popular, a donde se entra dejando los zapatos afuera. La cena típica japonesa se hace en un comedor de tres decímetros de alto, sentado en un cojín sobre las piernas dobladas. El aperitivo es aguardiente de arroz, bastante simple, aunque puede que coja si se toma bastante, servido en botijuelas de porcelana y copitas champañeras. Después viene el plato principal, el sukiyaki, que es un guiso preparado por la señora de la casa sobre la misma mesa del invitado, en una cazuela. A dicha cazuela le van echando tiritas de carne, verduras y otras enjundias, y así, al minuto, el plato está listo para tomarlo con los tradicionales palillos, acompañado de arroz y traguitos de sake. El arroz pasa, pero el guisado no, porque necesita ser japonés para tomarle buen gusto. De la sobremesa, que es un helado, se pasa a la ceremonia del té y a las danzas rituales, que son el epílogo. [...] Esta misma ceremonia [la del té] la practicaban las geishas de categoría en el oficio de agrandar para seducir y, después de que el galán tomaba con ella, se iban para el cuarto donde estaba preparada la cama, acompañados por el cortejo de los participantes, hasta la puerta (Domínguez, 1974, 223).

Así, nos encontramos frente a la suplantación de lo auténtico y popular por lo artificial y turístico que bien requiere otro tratamiento. Pero, de otro lado, se debe reconocer que el autor nos sorprende cuando parece decirnos que logró descifrar, sin proponérselo, el misterio escondido en el texto de Musmé.

La academia

En el otoño de 1690 llegó a Japón el alemán Engelbert Kaempfer, contratado como médico de la Compañía Holandesa de Indias Orientales que tenía sus negocios en Nagasaki, y con él se inician los trabajos académicos sobre Japón. Las cuidadosas notas de sus observaciones, la información que encontró en gran variedad de fuentes tanto orales como escritas acumuladas durante sus dos años de viajes dentro del país, se plasmaron en su *Historia de Japón* (reeditado como *El Japón de Kaempfer* en 1999), convertida en éxito de librería desde su publicación en Londres en 1727. Este trabajo influyó notablemente en la percepción europea de Japón hasta mediados del siglo XIX cuando otro médico alemán, Philipp Franz von Siebold, en la misma posición laboral de Kaempfer en Deshima, Nagasaki, publicó en Nueva York en 1841 sus *Maneras y costumbres de los japoneses*.

Kaempfer (1999) resulta comprometido con que hoy llamaríamos objetividad; evita los juicios de valor y se esfuerza en dejar estos trabajos al lector. Veamos cómo nos refiere el origen de los japoneses:

Los japoneses se irritan mucho cuando alguien quiere remontar sus orígenes hasta el imperio y la sangre de los chinos o de cualquier otro pueblo extranjero, pues quieren afirmar sus orígenes dentro de su pequeño mundo. Tampoco desean reconocerse como venidos como ratones o gusanos que aparecieron entre la tierra –tal como Diógenes el Cínico acusaba a la gente arrogante de Atenas que no quería ligar su origen con el de ningún otro sitio o nación– sino de una manera más elevada y noble. De tal manera retrotraen su origen a la raza de los dioses y a la eternidad (si es que puedo usar tales palabras), así los dioses no sean considerados eternos aunque hayan sido creados por el poder del primer movimiento del caos (Kaempfer, 1999, 51).

El autor continúa la descripción de las varias generaciones de dioses de manera muy explicativa. Y aunque no menciona la fuente, es evidente que se trata del *Kojiki* publicado por orden imperial en 712 d.C., el primer texto impreso sobre los orígenes legendarios e históricos de Japón.

Ante la magnitud y la importancia del reciente *Higashi Nihon Dai-Shinsai*, es decir, el Gran terremoto del oriente de Japón ocurrido el 11 de marzo de 2011, resulta de interés copiar de Kaempfer lo siguiente:

La tierra japonesa está sujeta a frecuentes terremotos, pero como son tan comunes no les dan más atención que la que nosotros le damos a las tormentas eléctricas. La gente del pueblo dice: “Otra vez tenemos a una ballena arrastrándose bajo a tierra: pero no hay que darle importancia”. Sin embargo y muy a menudo los temblores son tan fuertes y largos que los edificios se derrumban unos sobre otros y causan la ruina a las ciudades y pérdidas a miles de personas, tal como ha ocurrido en presencia del P. Ludoo Froes en 1586 y en varias otras ocasiones. Un amigo que había estado en Japón me escribió desde Batavia alrededor de 1704 contándome que en el año anterior la ciudad de Edo (que fue la más golpeada) había sufrido un horrendo terremoto que la llevó a la ruina junto con la residencia shogunal y que más de doscientas mil personas perdieron la vida en la conflagración y en los incendios que se provocaron. Resulta sorprendente que algunos sitios en particular dentro del país jamás tengan terremotos, lo que es atribuido a lo sagrado de esos sitios y a la protección de los ídolos o espíritus locales. Otros argumentan que estos lugares descansan sobre el piso sólido del inamovible centro de la tierra. Dentro de ellos se encuentra la isla Gotô, el pequeño islote de Chikubujima, en donde se construyó el más importante templo de Benzaiten, la famosa montaña de Koyasan cubierta de monasterios y quizás otros más (Kaempfer, 1999, 57).

Sabios y estudiosos de otras latitudes, también han contribuido con su mirada. Un colombiano del siglo XIX que ejerció gran influencia en nuestro país, fue Ezequiel Uricochea (1834-1880). En su libro *Memoria sobre las antigüedades neo-granadinas* que publicó en Berlín en 1854, y apoyándose en una publicación de Paravey (1835), planteó la hipótesis del origen japonés del pueblo chibcha. El argumento, que es fundamentalmente filológico, presenta datos como estos: los nombres de los tres jefes chibchas eran zaque, zipa y tithua; he aquí su coincidencia con los nombres japoneses:

Seike es el nombre de los gobernadores del Japón, el cual poco difiere de zaque que, a su vez, parece tener analogía con *Fi-saki*, emperatriz.

Zipa tiene terminación *pa* que en Chino es el título del virrey, *pe* el del príncipe, pronunciado *pac* en el Japón. Además *sobe* significa un encargado de negocios, un jefe, en japonés y esta palabra se avecina a *zipa*, que está formada de *so* o *sa*, hombre en japonés y de *pa* o *pac*, príncipe.

Respecto a *Tithua* tenemos que, tanto en japonés como en chino, *tay* significa un grande o un jefe y *tayou* es uno de los títulos de honor de *djo-goun* (que significa ser supremo o el primer señor pues *djo* significa primero o supremo y *goun*, señor), título también aplicado a los jefes de las tribus del extremo nordeste del Asia y del noroeste de la América. Además *gito* es en japonés el título de los jefes de las villas y de aquellos que hacen pagar el tributo, como lo hacían los Tithuas en Bogotá; *gito* ha podido transformarse en *tito* o *titua* (Uricoechea, 1971, 36-37).

Sin ningún éxito comprometí un buen tiempo y el de algunos filólogos japoneses buscando sustento para tan aventuradas hipótesis. Quizás la única recompensa fue poderle oír con mucha gracia y sorna a Wole Soyinka —el escritor nigeriano galardonado con el Nobel de literatura de 1986—, algo similar. Durante una reunión en Tokio, en la International House of Japan en 1987, él comentaba que por fortuna no se habían atrevido algunos a afirmar que los nigerianos y los japoneses compartían las mismas raíces como sí se lo insinuaban a menudo para el caso de los dos idiomas. Y terminaba diciendo que si bien los sonidos eran parecidos el asunto no iba más allá de la simple coincidencia.

Para retomar el hilo de los aportes académicos y dar un salto hasta las proximidades de hoy, mencionaré un libro que tuvo gran acogida en la década de los 70 cuando Japón ya se perfilaba como un nuevo actor económico de primera línea. Escrito por el economista sueco Håkan Hedberg, su libro *El reto japonés* (1970) vaticinaba el éxito imparable de los japoneses:

Dentro de seis años, el mundo contará con otra superpotencia: el Japón. A pesar de que la producción nacional global del Japón alcanzó la de Alemania Occidental tan recientemente como en 1968, hacia el año 1975 tendrá una producción total que será el doble de la de Alemania Occidental, y por consiguiente se hallará, con un ritmo acelerado, a la cabeza de las “grandes potencias” (1970, 15).

Y advertiría más adelante:

El que desea pensar que la época de los milagros aún no ha pasado, puede especular con la posibilidad de que el capital estadounidense se vea obligado a retroceder. Con el objeto de defender el mercado nacional contra el ataque japonés, los Estados Unidos se verían obligados a modernizar el frente nacional, aumentar en él las inversiones y llevar a su casa los beneficios europeos, de suerte que las compañías estadounidenses establecidas en Europa no pudiesen expansionarse con la misma rapidez que antes. Pero la solución más probable es que los norteamericanos resistan a los japoneses estableciendo barreras de importación aún más altas. Si esto no puede ser, entonces se retirarán al extranjero con su producción e iniciarán el “alud” tan temido por los analistas sindicales norteamericanos (Hedberg, 1970, 287-288).

Una década después, en 1978, el futurólogo Herman Kahn, fundador y director del Instituto Hudson, junto con Thomas Pepper llevaron a cabo un trabajo de investigación auspiciado por la Mobil Sekiyu Kabushiki Kaisha que apareció en ese mismo año en Japón. La traducción al español llegaría en 1981, dos años después de la correspondiente al inglés. El libro no es muy optimista y plantea las dificultades que podrían no ser resueltas por Japón, como las que afectan la política y la seguridad nacional. Y en relación con la posibilidad de que el siglo XXI sea un siglo neoconfuciano, comenta:

¿La perspectiva de esta transformación significa que el siglo XXI será el siglo del Japón como uno de los autores sugirió alguna vez? Este concepto mantiene cierta validez pero mucho menos de lo que el autor imaginó en ese tiempo. Una de las razones es que la cultura japonesa no es fácilmente transferible. Un joven [japonés] que pasa tres años en los Estados Unidos queda profundamente afectado por esta experiencia, vuelve a casa como otra persona, a veces es casi irreconocible para los demás y sigue siendo por una o dos décadas una persona a la que se puede tachar de demasiado “agringada”. Lo contrario se da en mucho [sic] menor escala. Los estadounidenses que pasan tres o cuatro años en el Japón se encuentran con que sus patrones de pensamiento y de acción casi no han cambiado; es posible que hablen japonés y que hayan adquirido nuevos gustos y actitudes, pero siguen pensando y actuando como estadounidenses. Sin embargo, el éxito de Japón en cuanto a su modernización está produciendo un impacto dramático en otros países del Asia, y últimamente parece posible que tenga –directa o indirectamente– una influencia similar sobre países en vía de desarrollo, que se encuentran en otros lugares del globo; además, como lo demuestran las altas tasas de crecimiento de Corea del Sur, Taiwán y Singapur, el Japón ya no es el único país no occidental que ha comenzado su “gran transición” de la pobreza al desarrollo. Los ejemplos dados por todos estos países han desempeñado, sin duda alguna, un papel importante para inducir a China, especialmente desde la muerte de Mao Tse Tung en 1976, a proponerse una meta de modernización en agricultura, defensa, industria, ciencia y tecnología para el año 2000. Esto a su vez ha producido cambios dramáticos en las políticas inter-

nas de China y en sus actividades hacia el comercio y la inversión extranjera (Kahn & Pepper, 1981, 186-187).

La literatura y la crítica

El primer contacto que tuve con la literatura japonesa fue un artículo de Carlos García Prada publicado en la revista de la Universidad Pontificia Bolivariana. Por fortuna lo que heredé de la lectura fue el interés por esta literatura y no las apreciaciones del autor: Decía García:

Mucho se ha dicho acerca de la poesía imaginista contemporánea en sus relaciones con la oriental, y muy especialmente con la que los japoneses llaman *hai-kai* (jái-cái), nombre que no tiene para ellos el mismo sentido que tiene para los occidentales.

Entre los japoneses, estos vocablos designan no una forma poética, sino un género de poesía. *Hai* quiere decir “cómico”, y *kai*, poesía en general. La *hai-kai* japonesa —a pesar de la delicadeza y la ternura que suelen caracterizarla— es poesía epigramática, escrita en la forma que sus autores (los *hai-jins* o “poetas cómicos”) llaman *hokku* y también *hai-ku*, y pocas veces *hai-kai*, como prefieren llamarlas los poetas y eruditos occidentales.

[...] El origen remoto del *hai-ku* se halla en la poesía china. En el año 905 de la Era Cristiana se publicó en el Japón una antología intitulada *Kokinshu*, que contiene mil cien poemas, de los cuales sólo cinco son largos. Los demás siguen las normas tradicionales de las *tankas* chinas: son composiciones de a cinco versos cortos, cada una dividida en dos hemistiquios (García, 1961, 301).

Pues bien, difícilmente se podrían encontrar tantas discrepancias en tan corto espacio. *Hokku*, “pie de verso” o “verso de inicio”, es el enlace con el que se da comienzo a un poema más largo que se conoce como *haikai no renga* o simplemente *haikai*. Este *hokku* con el tiempo se independizaría para convertirse en el *haiku*. El *Kokinshū* es justamente la primera antología imperial que representa la poesía puramente japonesa ya desprendida de influencia china y que tiene su expresión autóctona en lo que se conoce como *tanka* o *waka* (Barbosa, 2006, 6-20).

Así mismo, los viejos textos escolares también fueron imprecisos o incorrectos. En el *Panorama de la literatura universal* de Bayona Posada (1954) se lee:

Aunque la literatura japonesa suele figurar en el grupo de aquellas literaturas que florecieron antiguamente en los países del Oriente, es, en realidad, esencialmente moderna, y, como tal, debería estudiarse en la parte destinada para esta.

No fue en sus comienzos, sino copia servil de las literaturas china y coreana, lo que se explica fácilmente: los bonzos o sacerdotes japoneses, depositarios únicos de la ciencia y del arte en Japón, a lo menos en aquel tiempo, se formaban siempre en

los monasterios de China y de Corea; naturalmente, regresaban a su patria influidos de modo notable por la cultura de esos países, y de ello dejaban muestra clarísima en sus obras (Bayona, 1954, 23).

Tal como se mencionó atrás, la clausura a que se sometió Japón no permitió que los conocimientos circularan de lado y lado. Y los esfuerzos que se habían hecho por aquellos que nos pusieron en contacto por primera vez, se habían también desvanecido. Resulta, entonces, comprensible que no se mencione la primera gran novela de Japón, escrita por una mujer, y quizás la primera obra del género sicológico como lo es el *Genji Monogatari* publicado hacia el año 1010, es decir, hace un milenio. Occidente sólo vino a conocer esta maravilla a finales del siglo XIX y hasta hace muy pocos años no se contó con una traducción completa al español. Las dos que han aparecido casi al tiempo están hechas sobre las versiones inglesas de Arthur Waley (1921-1933) y la de Royall Tyler (2001).

Así sea marginalmente, quisiera mencionar el caso del mexicano José Juan Tablada (1871-1945), pues considero importante rescatar y resaltar la figura de un gran entusiasta en la construcción del imaginario latinoamericano sobre Japón (Tanabe, 1981).

Finalmente, y a pesar de dejar sin mención alguna a tantos otros que han ido sumando esfuerzos para acercarnos al Japón, está el semiólogo y filósofo francés Roland Barthes. Las notas de su libro *El imperio de los signos* (1990), producto de un corto viaje de una semana a este país, con todas las deficiencias e imprecisiones que contiene, no deja de ser un abrebocas estimulante en la medida en que nos pone en contacto con la agudeza de un excelente observador como lo es su autor.

Quedan también en el estante, las obras literarias de Mishima, Kawabata, Osamu Dazai, Tanizaki, Soseki, Murakami, Oe, Mori Ogai, que solo en estos últimos años empiezan a aparecer en versiones españolas. Permanecen desconocidos todavía los aportes de otros muchos: Fenollosa, Pound, Hearn, Chamberlain, Aston, y los más recientes como los del profesor Donald Keene.

Aimai na

Todo este recorrido, que es como una síntesis apretada de mis pasos por pasajes de un intrincado laberinto, pareciera haber sido elaborado a propósito para corresponder a una característica del pueblo japonés a la que aludió Kenzaburo Ôe en su discurso al recibir el premio Nobel. Que es un tema recurrente pues ya había expresado lo mismo en otras oportunidades como en el discurso pronunciado en la Biblioteca Pública de Nueva York, en 1993, al reinaugurarse la División Oriental de este establecimiento:

Cuando Kawabata Yasunari recibió el premio Nobel de literatura en 1968 —el primero concedido a un escritor en lengua japonesa—, leyó en Estocolmo su discurso conmemorativo que tituló *Japón, su belleza y yo*. La conferencia fue verdaderamente hermosa, así su contenido haya sido en extremo vago. Fue típicamente japonés en su belleza lo mismo que en su ambigüedad. Quizás debería también decir

que fue *indeciso*. *Vago, ambiguo e indeciso*. Estas son apenas tres de las traducciones del adjetivo japonés *aimai-na*. En un gran diccionario japonés-inglés, aparece la siguiente lista de equivalentes: *vago, ambiguo, oscuro, equívoco, indeciso, dudoso, cuestionable, sospechoso, no comprometedor, indefinido, anieblado, doble, y de dos caras*. He traído esta larga lista para mostrar que el japonés tiene a la mano este sólo adjetivo *-aimai-na-* para ser usado en múltiples situaciones. Y esto, en mi opinión, es una evidencia de que los japoneses son una gente que habla un lenguaje verdaderamente sutil y complejo. “Cuidado con los japoneses. Cuando ellos dicen ‘sí’ realmente quieren decir ‘no’”. (¿O era al contrario?). Las palabras exactas se me escapan ahora, pero el presidente Clinton según se informó, garrapateó algo en tal sentido. Aparentemente le estaba aconsejando al presidente Yeltsin sobre cómo negociar con Japón. Tales observaciones del presidente de los Estados Unidos inevitablemente hicieron saltar en pedazos la autoestima de muchos japoneses que tenían grandes esperanzas con la elección de un nuevo líder y que habían saludado con beneplácito su éxito. Obviamente la conmoción no se hizo esperar. Pero en cambio, si el presidente Clinton hubiera dicho: “Cuidado con los japoneses. Ellos frecuentemente hacen promesas *aimai-na*” —si hubiera usado el adjetivo japonés— no creo que hubiese desatado la controversia que promovió. Así estas palabras hubieran podido ser más severas que las expresadas al señor Yeltsin, muchos japoneses habrían admitido la idoneidad de tal descripción de su carácter.

De ninguna manera pretendo criticar la calidad de *aimai-na* del discurso de aceptación de Kawabata. No puede decirse que su discurso haya sido de alguna forma *dudoso*. Ni que fuera *cuestionable* o *sospechoso*. Sin embargo, debo decir que en gran medida lo sentí *vago, ambiguo y oscuro* (Ôe, 1995, 3).

Si el camino ha sido áspero y lleno de trampas tampoco ha estado ausente de halagos y de gratificaciones. Las sumas, mal que bien, han dado su resultado, a veces multiplicado. Lo que sorprende y reta a la vez es encontrarnos a estas alturas casi ante la negación del recorrido. Eludimos las ambigüedades para nuestra tranquilidad, posiblemente. Y ahora que las encontramos y adquieren sentido, si bien nos tranquilizan, de nuevo nos enfrentan: ¿cómo abrirle paso a la oscuridad y a la vaguedad?

La clave podría encontrarse en entender mejor el alcance de nuestra ignorancia. Nos preocupa en grado sumo lo que sabemos y dejamos al garete lo que no sabemos. De la misma manera en que confiamos en lo que imaginamos y no hacemos el menor esfuerzo para alcanzar lo inimaginable.

Concluiría con dos ideas. La primera inspirada en Álvaro Mutis: “Como dijo Mutis, el poeta es el grumete que se encarama a lo alto del mástil y desde allí observa lo que es, lo que fue, lo que podrá ser y lo que jamás será” (Mirador, 2001, 2-13). Posiblemente ese “jamás será” sea el punto donde se rebasa la racionalidad para abrirnos la puerta y el compás a la órbita de la sabiduría.

Y la otra, apropiada del reciente escrito de Kenzaburo Ôe que apareció en el *New Yorker* del 28 de marzo de 2011. Allí plantea que el riesgo nuclear, a raíz del incidente de Fukushima, es una realidad y no tiene nada de ambiguo. Planteada así la situación no queda otra cosa que aterrizar en piso firme. Pero no de cualquier modo. El giro en su perspectiva se desprende de lo negativo para transmitirnos esperanza. Concluye así el artículo: “Cuando tenía la edad que comúnmente se considera madura, escribí una novela titulada *Dinos cómo sobrevivir a nuestra locura*. Si logro superar esta locura de ahora, el libro que escribiré empezará con el último verso del Infierno de Dante. Dice el mencionado verso: “e quindi uscimmo a riveder le stelle” [y entonces saldremos a mirar de nuevo las estrellas]”.

Cuando ello ocurra, desarmaremos el modelo.

Bibliografía

- BARBOSA, Fernando. «Kanajo: el prefacio japonés al Kokinshû». En: *Al Margen* 17 (2006), 6-20.
- BARTHES, Roland. *El imperio de los signos* [1970]. Madrid, Mondadori, 1991.
- BAYONA POSADA, Nicolás. *Panorama de la literatura universal*. 9ª ed. Bogotá, Librería Colombiana Camacho Roldán, 1954.
- COOPER, Michael (s.j.). *Rodriguez the Interpreter* [1974]. Tokyo, Weatherhill, 1994.
- DE PARAVEY, Charles Hippolyte. *Mémoire sur l'origine japonaise, arabe et basque de la civilisation des peuples du plateau de Bogotá*. Paris, Dondey-Dupré, 1835.
- GARCÍA PRADA, Carlos. «La poesía imaginista». *Revista de la Universidad Pontificia Bolivariana* xxiv.86 (1961), 301-314.
- GÓMEZ CARRILLO, Enrique. *De Marsella a Tokio*. Paris, Garnier, s.f.
- HEDBERG, Håkan. *El reto japonés. Japón: el superpoder económico de la década 1981-1990*. Barcelona, Plaza & Janés, 1970.
- KAEMPFER, Engelbert. *Kaempfer's Japan* [1727-1728]. Honolulu, University of Hawaii Press, 1999.
- KAHN, Herman y Tomas Pepper. *El desafío japonés: éxito y fracaso de su desarrollo económico*. Bogotá, Norma, 1981.
- KIPLING, Rudyard. *Viaje al Japón*. Barcelona, Laertes, 1988.
- KODANSHA. *Japan. An Illustrated Encyclopedia*. Tokyo, Kodansha, 1993.
- LOTI, Pierre. *Japón en otoño* [1885]. Barcelona, Abraxas, 1998.
- MICHAUX, Henri. *Un bárbaro en Asia* [1933]. Barcelona, Orbis, 1986.
- MIRADOR. «La entrevista al “Gaviero”». En: diario *El Tiempo* (2001, marzo 1), 2-13.
- ÔE, Kenzaburo. *Dinos cómo sobrevivir a nuestra locura*. Barcelona, Anagrama, 1995.

- . *Japón, su indecisión, y yo*. Fernando Barbosa (trad.). En: *Magazin Dominical de El Espectador* 608 (1995), 3.
- . «History Repeats». En: *The New Yorker* (2011, March 28). En: http://www.newyorker.com/talk/2011/03/28/110328ta_talk_oe?printable=true#ixzz1HuG2yMMu. Consultado el 29 de marzo, 2011.
- POLO, Marco. *Viajes* [ca. 1298]. México, Porrúa, 1996.
- REPS, Paul (comp.). *Zen Flesh, Zen Bones*. Tokyo, Charles Tuttle, 1987.
- RODRÍGUEZ PLATA, Horacio. «Viaje de un colombiano a Japón en el siglo XIX». En: *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, 8 y 9 (mayo 15 de 1977).
- RODRÍGUEZ TSUZU, Juan (s.j.). *Arte del Cha* [1633?]. J.L. Álvarez-Taladriz (ed.). Tokyo, Sophia University, 1954.
- SHIKIBU, Murasaki. *La novela de Genji*. Barcelona, Destino, 2005-2006.
- . *La historia de Genji*. Girona, Atalanta, 2006.
- . *Heike Monogatari*. Madrid, Gredos, 2009.
- SIEBOLD, Philipp Franz von. *Manners and Customs of the Japanese*. Tokyo, Charles E. Tuttle Company, 1973.
- SUGIMOTO, Yoshio & ROSS E. MOUER. *Constructs for Understanding Japan* [Marcos para entender a Japón]. London, Kegan Paul International Limited, 1989.
- TANABE, Atsuki. *El japonismo de José Juan Tablada*. México, Universidad Autónoma de México, 1981.
- TANCO ARMERO, Nicolás. *Viaje al Japón*. París: s.e., 1887.
- The Kojiki. Records of Ancient Matters*. Tokyo, Charles E. Tuttle, 1986..
- URICOECHA, Ezequiel. *Memoria sobre las antigüedades neo-granadinas* [1854]. Bogotá, Biblioteca del Banco Popular, 1971.
- VALIGNANO, Alejandro (s.j.). *Sumario de las cosas de Japón y Adiciones del sumario del Japón* [1583]. Tokyo, Sophia University, 1954.